

Amarse

Amarás a tu prójimo como a ti mismo, dice el segundo de los grandes mandamientos de los que depende toda la ley de Dios (Mateo 22:37-40). Durante la pasada Semana Santa, alguien me ha puesto de manifiesto lo poco de ejemplarizante que en los tiempos que corren hay en esa comparación. Y es cierto, y no sólo porque ya quisieran muchos amarse a ellos como aman a sus seres queridos (como aman la mayoría de los padres a sus hijos, por ejemplo), sino por la poca estima que, generalmente, tenemos por nosotros mismos.

En ninguna época el espejo nos ha devuelto una imagen más negativa de nosotros que en ésta. Muchos, empujados por la publicidad, por el éxito y por el brillo de la eterna juventud, se niegan a aceptar a su cuerpo como es y lo someten a crueldades que no pocas veces acaban destruyéndolo y casi siempre resultan patéticas. La anorexia, el afán desmedido por estar musculoso y muchas operaciones de cirugía estética son sólo algunos ejemplos de lo que digo.

Pero, con ser duro, lo peor no es lo del cuerpo, sino lo de la mente. Es tan difícil encontrar a alguien contento consigo mismo, que el mero hecho de encontrarlo ya produce perplejidad, cuando no rechazo. Pocos son los que se muestran como son, sólo porque se avergüenzan de ello; pocos los que no le tienen miedo al ridículo; pocos los que no sufren creyéndose inferiores a otros en algo. Y, ¡ojo!, que el que se ama es más humilde que presuntuoso, porque para respetarse no tiene que presumir de nada.

Así que si hemos de amar al prójimo como a nosotros, habrá que empezar por amarnos a nosotros. Lo contrario tiene algo de enfermizo y casi siempre es negativo.

Juan Bosco Castilla